

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

ADMINISTRADOR Y EDITOR RESPONSABLE,

FERMIN BAYONA.

TOMO III. — NUMERO 8.

SUMARIO

I. El Sufragio. por Juan Mena — II. En el Cementerio (poesía). por don Juan Fernán Aycinena — III. Mi Cartera, por Juan J. Laínez — IV. La Avispa negra (poesía). por Carlos A. Imendia — V. En el campo, por Arturo — VI. Generosidad (poesía). por F. A. Gamboa — VII. El poder de la voluntad, por Rubén Rivera — VIII. A Della (poesía). por Antonia Galindo — IX. Safo — X. La Neurosis (poesías). por Francisco Gavidia — XI. Marina, por Jorge — XII. Entonces! (poesía) por Rafael Cabrera — XIII. La Guerra. por Calixto Mixco — XIV. Notas — XV. Miscelánea.

Redacción y Administración: Calle de Hidalgo núm. 69.



SAN SALVADOR—IMPRENTA NACIONAL, CALLE DE RICAURTE, 12.

Agosto de 1891.

PERSONAL DE LA SOCIEDAD.

JUNTA DIRECTIVA:

Presidente	D.	Abraham Chavarría
1 ^{er} Vocal	"	Doroteo Fonseca.
2 ^o "	"	Juan Mena.
Tesorero	"	Rafael E. Chávez.
Fiscal	"	Lisandro Blandón
1 ^{er} Secretario	"	Víctor M. Jerez.
2 ^o "	"	Adrián Arévalo.

SOCIO HONORARIO,

Doctor Don Esteban Castro.

SOCIOS ACTIVOS:

Br. D.	Francisco Dueñas.	Dr. D.	Horacio Rómulo Jarquín.
" "	Miguel Dueñas.	Br. "	Esteban C. Roque.
" "	Fermín Bayona.	" "	Nazario Salaverría.
" "	David A. Payés.	" "	Fidel A. Novoa.
" "	Juan Gomar	" "	Francisco Espinal.
" "	Nicolás Leiva.	Dr. "	Guadalupe Ramírez.
Dr. "	Francisco Martínez Suárez.	" "	Francisco Gutiérrez.
		" "	Juan J. Laínez.

SOCIOS CORRESPONSALES:

Doña	Vicenta Laparra de la Cerdá	Srita.	Josefa Carrasco.
Srita.	Antonia Galindo	Lic. D.	J. Fermín Aycinena.
Br. D.	Salvador Flamenco.	Dr. "	Rubén Rivera.
" "	Adolfo Castro.	" "	Abraham Rivera.
" "	Baltasar Parada.	" "	Francisco A. Reyes.
Dr. "	Simeón Eduardo.	" "	Carlos A. Imendia.
" "	Carlos Dárdano.	" "	Anselmo Valdés
" "	Ramón P. Molina	" "	Ismael Cerna.

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

COMISIÓN REDACTORA:

Francisco Dueñas,

Doroteo Fonseca,

Victor M. Jerez.

TOMO III |

SAN SALVADOR, AGOSTO DE 1891.

| NUM. 8

EL SUFRAGIO.

El sufragio, fuente de los poderes públicos de una nación racionalmente constituida, es la manifestación más palpitante de la soberanía del pueblo, es, por decirlo así, la condensación de todos los derechos que, como miembros de una nación, corresponden á cada individuo; y por consiguiente, siendo tal su importancia, no es extraño que los publicistas tomen tanto empeño en determinar su naturaleza, fijando teorías y principios que en la práctica den los resultados apetecibles, llenen los vacíos que hasta ahora se han palpado en el ejercicio de tan importante derecho y resuelvan los áridos cuanto trascendentales problemas que surgen en su aplicación.

Una de las cuestiones que han llamado la atención de los publicistas, es la de saber si el sufragio es derecho ú obligación, pues de su resolución pueden deducirse consecuencias muy diversas.

Expondré mis ideas á este respecto, apoyado en la autoridad de notables autores.

En toda asociación de hombres libres, ora sea industrial, científica ó religiosa, los miembros que la componen, por su misma cualidad de hombres libres, es decir, por su misma naturaleza, tienen necesariamente derecho para dar su opinión, tanto respecto de la organización que deba dársele, cuanto para designar á las personas que deben encargarse de la dirección de la misma sociedad. ¿Qué se diría de una sociedad en que sus miembros carecieran de esa facultad? ¿quién sería entonces el encargado de darle forma y vida si sus miembros estuvieran imposibilitados de hacerlo? ¿Vendría acaso un extraño á arrogarse ese derecho? Todas estas cuestiones saltan desde luego á la vista, suponiendo que los miembros de una sociedad no tengan derecho de sufragio, cada una de las cuales conduce necesariamente á un absurdo, debiendo por consiguiente convenir en que los miembros de las sociedades particulares tienen derecho de intervenir en su organización. Y si esto sucede en las asociaciones que tienen por objeto un solo fin ¿porqué no querer que los miem

bros de una nación, que persigue todos los fines racionales del hombre, y que en consecuencia es de una importancia muy superior á la de las otras, carezcan de una facultad tan trascendental, puesto que de allí depende en mucho su felicidad?

Pero los que creen que el sufragio es una obligación, dicen que es un falso concepto el que se ha tenido de él al considerarlo como facultad, siendo esta la causa de que la mayor parte de los ciudadanos no cumplan con ese *deber*, pues siendo todo derecho potestativo en quien lo posee, á nadie podría exigírsele que concurriera á las urnas electorales, y llegaría un día en que, no usando de su derecho todos los ciudadanos, la nación quedaría sin gobierno, lo cual es una fatal consecuencia de aquel principio.

En verdad no comprendo cómo los que así opinan hayan llegado á consecuencias tan absurdas, dejándose llevar acaso de un antagonismo exagerado, pudiendo conciliar muy bien su opinión con la de sus adversarios, con solo hacer una simple distinción en los derechos.

En efecto: ellos han partido de un supuesto falso, y es el de considerar potestativo todo derecho, sin recordar que todo hombre puede renunciar *el derecho introducido en su favor*, lo cual indica que hay derechos que no han sido introducidos en favor solo del que los posee, sino que puede interesar á otro ú otros, y estos evidentemente no pueden renunciarse, por la sencilla razón de que con su renuncia se perjudicaría á terceros.

Faltaría averiguar si el sufragio es provechoso solamente para cada individuo en particular, ó habrá otros á quienes perjudique su no ejercicio; en el primer caso podrá renunciarse; en el segundo no. Veámoslo.

Desde el momento en que varios individuos se reúnen para perseguir uno ó varios fines, deben poner los medios que faciliten su consecución; y bien sabido es que una de las cosas que más contribuyen á alcanzar el éxito deseado en toda clase de asociaciones, es el orden y la distribución conveniente de atribuciones entre sus miembros. ¿Y cómo se consiguen esas dos cosas tan esenciales en toda asociación? Designando uno ó más individuos que, sin adquirir preeminencia sobre sus consocios, sean los que se encarguen de su dirección, y á quienes los socios se sometan en sus diferencias, siempre que la resolución se conforme á las leyes de la misma sociedad. Y como sin esa dirección, ó más bien, sin ese orden, sería imposible todo adelanto, pues reinaría en ella la anarquía, se sigue necesariamente que toda la sociedad está interesada en que haya un personal que la gobierne; y no consiguiéndose esto sino por medio de la elección, es claro que no está en el arbitrio de cada uno el hacer ó no uso de su derecho de sufragio, puesto que no es un derecho introducido en su exclusivo provecho sino en el de la sociedad en general.

Esta es la razón por qué, sin embargo de ser un derecho el sufragio, su ejercicio es obligatorio, como, de acuerdo con esta teoría, lo establece nuestra Constitución.

El publicista sud-americano don Florentino González, siguiendo la teoría de Mr. Mill, da al sufragio el carácter de cargo público, y dice: "El sufragio no es un derecho individual como la propiedad, la libertad personal, la de la palabra ó de la prensa, de que el individuo puede hacer ó no uso, sino un encargo público que el ciudadano tiene que desempeñar simultáneamente con todos los designados en la Constitución, etc., etc."

Ciertamente, el derecho de sufragio no es como el de la propiedad, la libertad personal, la de la palabra, ó la de la imprenta; muy distinto es, y precisamente es distinto, porque de aquellos puede hacerse ó no uso sin perjudicar á la sociedad sino de un modo muy secundario, siendo el mismo hombre el perjudicado si no los ejerce; mientras que el de sufragio no puede dejar de ejercerse sin perjudicar á la sociedad toda, pues que como dice el mismo señor González, "la sociedad quedaría sin gobierno, por no haberse elegido las personas que desempeñan sus funciones."

Mr. Mill dice: "Si el sufragio es un derecho, si pertenece al votante para *si mismo*, ¿cómo vituperarle porque lo vende, ó porque lo emplea de modo que sea bien acogido por una persona á quien quiere agradar por algún motivo interesado?"

Cabalmente, el que tiene falsa idea del sufragio es el que cree que pertenece al votante *para si mismo* y no para el bien de la sociedad. Si se prohíbe vender el sufragio ó hacer mal uso de él, es porque no es solo el que posee ese derecho el interesado, si nó la comunidad, á la cual perjudica con su mal uso, y además por otra razón más sencilla, y es, que no puede haber derecho sobre un objeto ilícito; quiere decir, que de todo derecho debe hacerse un uso racional, y todo lo que pasa de estos límites no es derecho sinó arbitrariedad; y si esta razón no basta, hay otra aun más sencilla, y es, que los ciudadanos tienen derecho de votar, mas nadie ha dicho hasta ahora que haya un derecho de vender el voto; quiere decir, que á nadie puede prohibírsele que haga uso de su derecho de sufragio, y que, por el contrario, puede compelérsele á usar de él, por las razones expuestas;

pero sí puede y debe prohibírsele que venda su voto, por las mismas razones.

¿Querría decirme Mr. Mill si tiene derecho de conservación? Evidentemente sí. ¿Y puede él atentar contra su existencia, conforme á los principios del Derecho Natural? Evidentemente no, y si lo hace las leyes lo castigan. Ahora pregunto: si hay derecho de conservación; si pertenece al individuo *para si mismo*, ¿cómo castigarlo porque vende su existencia ó atenta contra ella? Y no se diga que no hay paridad de casos, pues así como la personalidad del hombre depende de su existencia, es decir, de su conservación, así la conservación de la sociedad depende de su organización racional, la cual no se comprende sin el sufragio.

Los publicistas que dan al sufragio el carácter de cargo público, sin duda se han fijado poco en que todo cargo público tiene su origen en la voluntad del pueblo, directa ó indirectamente manifestada, ó lo que es lo mismo, el cargo público es una especie de mandato, y siendo el pueblo el que tendría el cargo de elegir, ¿quién sería su mandante? ¿quién sería el que le confiara ese encargo? La nación, se diría. Pero ¿quiénes forman la nación, sinó los mismos que ejercerían la *función* de elegir? Ni vale decir que los electores son representantes de las mujeres y de los incapaces, pues respecto de las primeras, ó tienen un estado independiente, ó viven bajo alguna potestad; en el primer caso no hay razón para excluirlas de la intervención en la organización del estado, y en el segundo, las que se hallan en ese caso están comprendidas entre los incapaces, y estos, por su cualidad de tales, no pueden conferir ningún mandato.

En mi concepto, solo en un caso

puede admitirse en el sufragio el carácter de cargo público, y es en la elección indirecta, respecto del colegio de electores, pues en este caso, el pueblo realmente confiere un encargo á los electores para que elijan las autoridades ó los representantes de la nación; pero no es seguramente de este caso del que tratan los que sostienen esta teoría, sinó del caso general, esto es, de la elección directa.

Autoridades de mucho peso han sostenido siempre, que el sufragio es un derecho, y siendo muy conocida entre nosotros la opinión del señor Santisteban, solamente consignaré aquí lo que el señor Arhens, autoridad muy respetable, dice á este respecto.

“Para todos los sistemas de elección, dice, por diferentes que puedan ser, hay un principio que puede dominar á todos: primero, que el derecho de sufragio es un *derecho natural* que compete á cada ciudadano en su calidad de *miembro* de la comunidad política, y después, que este derecho está, como todo derecho, unido, *en cuanto á su ejercicio*, á condiciones que las leyes deben establecer, para asegurar á este derecho una ejecución verdadera, sincera, en relación con el fin para el cual está constituido.”

“El derecho de elección, continúa, es natural, porque el Estado es también un derecho natural, y el derecho de elección *es la manifestación activa de la relación orgánica de cada miembro y de sus intereses con el todo y los intereses públicos*; porque cada miembro, como tal, tiene una opinión, un interés que hacer valer, y su vida está íntimamente ligada con el destino común.....”

De aquí se deduce, aunque no lo diga expresamente el señor Arhens, que el ejercicio de ese derecho es obligatorio, porque de otro modo se destruiría *esa relación or-*

gánica de cada miembro y sus intereses con el todo y los intereses públicos, esto es, porque el sufragio es un derecho que no pertenece al votante *para sí mismo*, pues que su no ejercicio perjudica á la sociedad.

Mi ilustrado maestro, el doctor don Daniel Calderón, en el examen previo á su doctoramiento en la facultad de jurisprudencia, sostuvo con lucimiento que el sufragio es un derecho; pero no teniendo á la mano el folleto que contiene el desarrollo de esa tesis, me privo de insertar algunos pasajes importantes, que sin duda contribuirían á dar más solidez á las ideas que sostengo en este imperfecto trabajo, toda vez que están fuera de duda la competencia é ilustración del doctor Calderón.

Creo, pues, haber demostrado, con el apoyo de tan respetables autoridades, que el sufragio no es obligación ni cargo público, y que, por el contrario, es un derecho que nace de la misma naturaleza sociable del hombre, pues siendo este imperfecto y finito, necesita del concurso de sus semejantes para llenar los fines racionales á que está destinado; siendo, pues, el hombre esencialmente sociable, debe haberlo dotado el Autor de la naturaleza de los medios necesarios para su vida en sociedad, y no existiendo ésta sin la cooperación de sus miembros en la organización de la misma, pues que ya no es dudoso que la mejor forma de gobierno es la democrática, se deduce sin esfuerzo que el hombre tiene derecho de sufragio.

JUAN MENA.

EN EL CEMENTERIO.

A MI DISTINGUIDO AMIGO

EL SEÑOR D. DOROTEO FONSECA.

No volveros á ver, prendas queridas!
No volveros á ver!... y en un momento,
Cual las hojas del álamo caídas
Que en remolinos arrebató el viento,
En átomos de polvo convertidas
Del corazón las aromadas flores,
Fe y esperanza, amor y sentimiento!
No volveros á ver, Madre adorada,
Ser de mi ser, amor de mis amores,
Esposa, dulce Esposa idolatrada! ...
Ángeles de ternura y de consuelo,
Que del calvario en la escabrosa vía
Erais mi luz y mi sostén y guía,
Y me tendéis la mano desde el cielo!...

No volveros á ver!... Bárbara ciencia
Que así arrebató al corazón la calma!
Bárbara ciencia la que roba al alma
La vida, la esperanza, la conciencia!
Teoría sin entrañas, que se inspira
En el materialismo torpe, insano,
De sentimiento y de pudor desnuda,
Que deja el miserable ser humano
Flotando entre las nieblas de la duda!
Esa enseñanza escéptica delira,
Conculca la razón!... Eso es mentira!

Oh santo amor, inextinguible llama
Que arde dentro del pecho á toda hora,
Y que del tiempo el ala abrasadora
Aviva más, y más y más inflama!
Tú no puedes morir, tú sobrevivies,
Con el principio de vital aliento
Que en el cerebro engendra el pensamiento,
A la masa de carne fría, inerte,
Que se corrompe al soplo de la muerte!

Angélica virtud, flor de los cielos,
Que en el podrido barro de la tierra
Alzas la frente pura, inmaculada,
Luchando con el vicio en ruda guerra;
Tu afán, tus sacrificios, tus desvelos
Tornará el tiempo en despreciable nada?

No habrá para tus sienes más corona
Que esa de espinas que te ofrece el mundo
Cuando arroja á tu rostro cieno inundo,
Y te befa y escupe y te abandona?

Carnal pasión, incendios, muertes, ruinas
Esparces en la tierra y fieros males;
De la verdad los puros manantiales
Enturbias, en sus ondas cristalinas
Revuelves negro lodo
De infame error, que lo corrompe todo!
Piensas siempre triunfar? Al férreo yugo
De la horrenda opresión siempre amarrada
Gemirá la virtud? No habrá castigo
Para el tirano déspota, verdugo
De la infeliz humanidad?... Maldigo
El aborto infernal de la malicia
Que así el derecho ultraja y la justicia!

Oh Dios! y quién no espera
Volver á ver las prendas más queridas
Del corazón, que muerte audaz y fiera
Arrebató de sus amantes brazos,
Causándole en el alma hondas heridas
Que la destrozan ¡ay! en mil pedazos!

Tan sólo el indeleble pensamiento
De volverlas á ver dá fortaleza
Para beber el cáliz de amargura,
Que el corazón, sediento
De eterno amor y de inmortal ventura,
Hasta las heces con denuedo apura!

En el valle de lágrimas, qué fuera
Del desterrado, pobre peregrino,
Si otro más alto, divinal destino
A través de la tumba no existiera?

Yo espero, sí, tornar á ver dichosas
Las dulces prendas, por mi mal perdidas,
Que tanto amaba el corazón, y aun ama
Con inextinta, abrasadora llama!,
En floridas mansiones deliciosas
Donde el dolor jamás entró ni el llanto;
Allí la noche su crespón de duelo
Ni la muerte sus sombras tender pudo;
No hay lucha ni aflicción ni desconsuelo
Sinó paz, alegría y bienandanza.
Brilla perpétua luz allá en el cielo,
En la región de eterna venturanza.

Ni la soberbia con mirar sañudo
 Desdeña altiva al mísero indigente,
 Ni de la envidia el labio maldiciente
 Zahiere calumnioso al que más vale . . .
 Allí la caridad pura y ardiente,
 Reina de las virtudes, sobresale,
 Como en las noches del Estío, bellas,
 Venus entre las nítidas estrellas.

Oh Fe, divina Fe, luz del cristiano!
 Tú sola das al corazón que llora
 Dulcísimo consuelo,
 Porque su llanto enjuga bienhechora
 Tu benéfica mano;
 Y como puerto de eternal bonanza
 Le señalas el cielo,
 A do el alma se eleva en rauda vuelo,
 En alas del amor y la esperanza!

JUAN FERMIN AYCINENA.

Guatemala, noviembre de 1890.

MI CARTERA.

Ya he oído decir á varias personas, que leen "por pasar el rato," ó "por matar el tiempo," lo que vale tanto como "por no dejar"; también he oído decir á otras, que cuando quieren dormir, ó "llamar el sueño", toman un libro y se van á la hamaca. Pero he tratado con personas que me han dicho no poder "vivir sin leer, que el día que del libro las privaran, quedarían condenadas á morir á pausas".

Ni confesar era menester, que las primeras son de la clase que jamás entiende lo que lee, que se llenan de libros en un momento de entusiasmo y forman bibliotecas por sólo el placer de contemplar tanto libro, vil placer desde luego que no se podrá negar á afirmar que lo es, si se considera un momento el gran mal que causan esos depósitos ocultos, fuentes de ciencia no mostradas á la juventud sedienta de saber.

Pues bien, voy á demostrar á esas mismas gentes, cuánto vale leer pero entendiendo, que no vale leer sin entender, ni leer una vez sólo un libro y luego relegarlo al olvido; pero ni vale leer una obra dos ó tres veces sinó se ha puesto la debida atención; la atención es el mejor medio para sorprender los secretos de la ciencia, y por tanto, la sabiduría: el que atiende aprende.

Hay quienes se pasan viendo los diseños de una obra, una, y dos, y tres, y cuatro veces, sin más leer, y satisfechos guardan el libro y salen á reproducir aquellas escenas que jamás entendieron, de la manera que el *caletre* les favorece.

Me pica un poco la gana de seguir escribiendo á este respecto; pero no es este mi objeto, sinó mostrar lo que mi cartera contiene—en parte—pues no dudo será esto de alguna utilidad.

Del "eximio orador romano" es lo siguiente:

"¡Oh Filosofía, guía de la vida, indagadora de la virtud y azote de los vicios! Sin tí, qué seríamos nosotros y todo el linaje humano? Tú fundaste las ciudades y reuniste en la sociedad á los hombres dispersados; tú inventaste las leyes y fuiste la madre de las costumbres y de la ciencia." En otro lugar dice:—"Los hombres más ilustres juzgaban á la ciencia denominada *Filosofía* por los griegos, creadora y alma de todas las cosas."

Hablando de la importancia de la filosofía en la elocuencia, dice: "Confieso que si soy orador, ó llevo á serlo, lo debo, no á las lecciones de los retóricos, sinó á los ejercicios de la *Academia*." En otro lugar dice:—"Quede, pues, averiguado ante todo, que sin la Filosofía no puede formarse el orador elocuente que buscamos."

“Dios y el pecado son incompatibles; la oposición que existe entre estos dos términos, es absoluta, es infinita.”— “Nadie puede aproximarse á Dios sin alejarse del pecado.”

Las letanías.

“La atención es la fuerza del alma.”

Bossuet.

“Nuestro siglo ha perdido desgraciadamente dos cosas: en el orden intelectual, la atención, y en el orden moral, el respeto.”

Gratry.—Les Sophistes et la critique.

“La atención es la oración natural que nosotros hacemos á la verdad: ella tiene por recompensa la luz.”

Malebranche.

“Podemos muy bien no entender lo que es, pero jamás podremos entender lo que no es.”

Bossuet.

Dice el señor Tapia, autor de la historia de la civilización de España: “La elocuencia necesita de libertad para alzar su vuelo con gallardía. La adulación nunca pudo ser elocuente.”

DEMÓSTENES.

Demóstenes era tartamudo y de talla encorbada, y para corregir tales defectos físicos, se ponía piedrecitas en la boca y una espada en la espalda, pudiendo adquirir así, “soltura en la lengua y esbeltez en el talle.”

De Demóstenes se ha dicho que era “el príncipe de los oradores”; que “llevaba á su patria en el corazón.”

Dionisio de Helicarnaso decía: “Cuando leo un discurso de Demóstenes, me parece que me inspi-

ra una divinidad, y corro de una á otra parte arrastrado por pasiones opuestas, por la desconfianza, la esperanza, el temor, el menosprecio, el odio y la indignación.”

Hablando del mismo el abate Maury:—“Este es el atleta de la razón, la defiende con todas las fuerzas de su genio, y la tribuna en donde habla se convierte en una lira: á la vez domina á sus oyentes, á sus adversarios y á sus jueces: parece que no pretende enternecer; mas escuchadle y os hará llorar por reflexión. . . . Es un general, es un rey, es un profeta, es el ángel tutelar de la patria; y cuando amenaza á sus compatriotas con la servidumbre, cree uno oír en lontananza, de distancia en distancia, el ruido de las cadenas que les trae el tirano.”

Jager dice, que Demóstenes “parecido á la tempestad y al rayo, lo arrebató todo y todo lo lleva consigo, y que llama á la puerta con golpes repetidos pero sin romperla.”

Cicerón, “el competente juez de la elocuencia,” dice del mismo: “No hay una sutileza, un recurso, un artificio oratorio que él no descubriera: ningún estilo puede haber más delicado, más robusto, más luminoso, ni más puro que el suyo; ni tampoco habrá otro que le iguale en grandiosidad, en vehemencia y belleza, tanto por la nobleza de la dicción, como por la magestad de los pensamientos.”

Quintiliano le llama “el príncipe de los oradores y la regla de la elocuencia.”

“Jamás la elocuencia profana desempeñó un ministerio más sublime, que en el tiempo y la persona de este orador.”— Demóstenes —; “nunca manifestó una índole más grande. El orador que desde la tribuna, reprende á un pueblo corrompido, le arranca de los teatros para conducirlo á los campamentos

y despierta el valor y el honor en corazones enervados, ¿no es una especie de profeta, un misionero de la libertad?"

Gesffory.

Eschines era contemporáneo de Demóstenes, con quien se atrevió á enfrentarse; en cuya lucha fué vencido y desterrado á Rodas, en donde abrió una escuela de elocuencia. Eschines poseía una alma grande: era de gran talento, pero jamás igual al de su rival; prueba de esto y de la generosidad de su corazón, es el pasaje siguiente: dicen que en su escuela leyó á sus discípulos el discurso con que Demóstenes le había derrotado, el cual conmovió á los jóvenes sobremanera, y él entonces les dijo:—"¿Qué sería si lo hubiérais oído de sus labios!"

Qué rasgo de Eschines! qué ejemplo! Sólo esto bastó á darle más mérito que sus arengas.

En mis primeros estudios sobre el griego he encontrado las palabras siguientes, que tienen su origen en dicho idioma:

Prólogo viene de *πρό-λογος*, derivado, *πρό-λεγειν* y tiene la misma significación del *proe-fari* latino, del que se deriva *proe-fatio*.

Matemáticas, de *τὰ μαθηματα*, derivada de la raíz *μανθάνω*, de donde viene *μαθημα*, que significa *disciplina, ciencia*; y de aquí el supra-dicho término *Ta madzemata*.

Biblia viene de *βιβλος* ó *βιβλος*, que significa *el papel*, entonces, de donde derivóse *βιβλίον*: *librito*, y de aquí el término Biblia, ó sea *βιβλια*, que significa colección de libros sagrados.

Filántropo, de *φίλ-άνθρωπος*, que significa, *amigo de los hombres, humano*.

Rápsoda, de *Ραψ-ωδός*, derivado de *σύν-ραπτω*: *compilar, etc. . . .*

Léxico, de *Λεξιχόν*, derivado de *Λεγω*, que significa; *decir*.

Dístico, de *Δι-στίχον*, derivado de *στίχων*:

(Continuará.)

NOMBRES DE ALGUNOS ANTIGUOS MONUMENTOS.

Peulván, voz céltica, que significa *poste de piedra*.

Menhir, significa *piedra larga*.

Cromlec, palabra céltica que vale tanto como *piedras en círculo*.

Lichaban, céltica: *tabla de piedra*.

Trilitos, palabra griega, que significa *tres piedras*.

Dolmen, céltica, significa *mesa piedra*.

Palabras derivadas del Nahuatl, unas, y otras de la lengua mejicana.

Apaneca, de *apan-ehécat*: *sobre-el-viento*.

Cuisnahuatl, de *cuis-nahuit*: *cuatro-gavilanes*.

Suchitoto, de *suchi-atútum*: *flor-cántaro*, ó sea: *cántaro-con-flor*, ó talvés, *flor de cántaro*, ó en forma de cántaro.

Texistepeque, de *texis-tet-tépet*, ó *peque*: *huevo-en la-piedra-del-cerro*.

Juayúa, de *juayu-at*: *profunda-agua*, ó sea *agua profunda*.

Quezaltepeque, de *quetzal-tepet*, ó *quetzal-tet-pek*: en el primer caso, *cerro-de-quezales*, en el segundo: *quetzal-de la-piedra-del-cerro*.

Ilobasco, palabra mejicana, que significa *hilo-de-oro*: *xilo-bask*.

Sensuntepeque, de *zontl-zontl-pek*: *doscientos-cerros*.

Guacotecti, según la tradición de este pueblo, esta palabra significa *riqueza escondida*: *guak-tecti*; (1)

(1) No me parece inútil hacer ver la semejanza de la palabra *tecti*, con las latinas *texi* y *tectum*, participio pasivo y supino del verbo *tégō*, *is*, *texi*, *tectum*, *tegēre*, que significa *cubrir, ocultar, tapar, etc.*; é igual acepción tiene en el dialecto; esto es: *cubrir, encubrir, etc.*

pero parece que es palabra mejicana, y en este caso significará: *tesoro-del-sacerdote*.

Talnique, de Tal-ni-que: *quédate-en-mi tierra*.

Jayaque, de shayak: *plan*, se entiende de la *loma*.

Nahuizalco, de natuit-zalco: *cuatro-izalcos* [tit-zálcuat.]

Izalco, de tit-zálcuat: monstruo ó sierpe de fuego.

Caluco, puede venir de cal-ukal, lugar-poblado, ó bien de cal-ukot ó úcot: *casas-de-ocote*.

Sonzacate, de zontl-zákat: *cien-camalotes*.

Apanteos, si es palabra del dialecto, significará *Dios-sobre*, aunque más parece tener origen del griego, Ἀπαντ-άω-ω: ir delante, oponerse, etc.

Sea como fuere, es el caso que apan-téot, significa Dios-sobre en el dialecto. Réstame ahora hacer ver la analogía ó semejanza que existe entre la palabra téot, teote, ó teotl, Dios en el nahuat, con la griega θεός (Théos): Dios ó θεός; de ésta con *Deus* del latín, y el Dieu del francés, y Dios del castellano.

La palabra *Apaneca* tiene semejanza con la griega Ἀπανέγω, que significa alejarse en montante; y más aun con la poética Ἀπάνευθε que significa separadamente, en un lugar apartado.

Quezaltenango, de quetzal-tet-nango, que en nahuat significa *quezal-de-la-piedra-del-llano*.

Cacaluta, de cácalotl: *cuervo*.

Ocotepeque, de Úcot-tépet, ó tépek: *cerro-de-ocotes*.

Analco, puede venir de can-nalco: *lugar-del-otro lado*.

Sonsonate, de zóntlzontl-at: 200 aguas.

Managua, puede venir de Manáhuat, ó de manahuit: en el primer caso significa *aprisionar-en-conjunto*; en el segundo *aprisionar-cuatro*.

Mazatenango, demazat-tet-man-

go: *culebra-de-la-piedra-del-llano*.

Maguey, del pipil ma-huey: *dedo-gordo*.

Ostuma, puede estar formada de la palabra pipil uex, y de la nahuat túmac; esto es: uex-túmac: *pierna-gorda*; de las dos palabras pipiles ústut-ma: *barranco derecho*; y por último de las dos siguientes, pipiles también: ust-una: *toda-barrancos*. Notaré de paso que la tal población denominada Ostuma está sobre un terreno barrancoso.

Julupe, del pipil, cúlut-tépet, ó pet que significa *alacrán-de-piedra*.

Apastepeque, de paxte-pek: *musgo-de-cerro*.

Tunalmil, de Tunal-sol y-mil-maizal: Túnal-mil: — *maizal-de-sol*, ó de verano.

Pulannete, de pulan-nete: *plátano-en-miel*.

Nacatamal, de nácat-támal: *tortilla-con-carne*.

Chichicúa, de chichi-cúat: *culebra que mama*.

Sapuyulo, de zápot-yulo: *corazón-de-zapote*.

Zacamil, de zácat-mil: *zacate-de-maiz*.

Talnete, de tal-nete: *miel-de-tierra*.

(Continuará.)

Manethon fue sacerdote egipcio, contemporaneo de Ptolomeo Filadelfo. Fue autor de varias obras.

Juan de la Encina, compuso en Castilla la primera obra dramática de España. En este género se hicieron merecedores de mucha gloria los sacerdotes Moreto y Lope, Calderón y Tirso.

Se distinguieron en la sátira filosófica, los eclesiásticos Cristóbal de Castillejo y Bartolomé Leonardo de Argensola.

(Continuará.)

J. J. LAÍNEZ.

Colegio de San Agustín: Sonsonate, 28 de mayo de 1891.

LA AVISPA NEGRA.

AL JOVEN ESCRITOR Y BUEN AMIGO DON

JUAN J. LAINEZ.

En el cañón de cobre de mi pluma
Ha construido su celda
Una avispa gentil y silenciosa,
Que con sus alas negras
Acaricia mi mano cuando escribo
Alguna estrofa bella,
Y se oculta después en su agujero
Y espiándome se queda.
Es un misterio para mí! Quién sabe
Si esa compañera,
Que está conmigo cuando pienso y lloro,
En mi alcoba secreta,
Sea una musa que en extraña forma
A darne acaso venga
Eso que sienten los que aquí en el mundo
Se llaman "los poetas."

*

La he llegado á querer con gran cariño,
Como la amiga buena
Que sabe de mi vida de inquietudes
La honda tristeza,
Y que si gozo de fugaz contento,
Goza y se alegra,
Y sus alas extiende y se dirige
En torno de mi mesa.

*

Si alguna vez que mis sencillos versos
Escribo cuando ella
Libra la miel de las cercanas flores,
Siento su ausencia;
Guardo el papel porque la rima huye
Y huye la idea,
Y temeroso del regreso ansiado,
Mi alma se apena.

*

Es un misterio para mí: no ha mucho,
En estrofas ligeras,
Enalzaba virtudes: el civismo,
La gratitud eterna,
La lealtad, el honor.... De su agujero
Saló zumbando, inquieta,
La silenciosa avispa, y en la pluma
Mojó sus alas negras;
Las sacudió sobre lo escrito, y luego
Voló con ligereza
Y fué á esconderse, con temor sin duda,
Al fondo de su celda.

*

Quedé sumido en graves reflexiones
De lo que es la virtud aquí en la tierra;
Leí los versos que manchó la avispa,
Dudé de mi obra, y la arrojé con pena!

CARLOS A. INENDIA.

Sonsonate, abril 28 de 1891.

EN EL CAMPO.

El 4 de mayo amanecía una mañana brumosa y melancólica en Santa Tecla: la ciudad parecía una odalisca cuando se levanta peregrina y triste envuelta en sus voluptuosas gasas blancas y gráciles.—Ni sus azuladas colinas se veían, ni el deforme volcán se contemplaba. El ambiente era húmedo, las calles estaban frías, y la niebla espesa, cargada de vapor de agua, hacía presentir una lluvia próxima é inevitable. Sin embargo, partíamos; fuerza irresistible era el partir: habíamos de antemano resuelto que ese día sería de expansión y de placer allá en las alturas bellísimas del enhiesto volcán, y esa resolución había recibido ya fuerza de cosa juzgada en nuestros corazones. Con decir que cinco señoritas harían más deliciosos y encantadores los momentos del paseo á unos cuantos servidores de usted, lectora amable dicho está todo.

Después de los contratiempos peculiares á todo viage en que figuran señoritas y señoras, nos encaminamos con dirección al Norte, ellas en soberbios y fogosos alazanes y nosotros en pardas y caprichosas mulas, al lugar de nuestras aspiraciones. ¡Oh! y que placer más intenso siente el alma cuando después de largo tiempo de vivir aturdido, atormentado, aburrido y triste en medio de la sociedad, se la deja, aunque sea por un instante, para ir lejos, muy

lejos de ella á gozar donde se respira un ambiente suave y puro embalsamado con los aromas que exhalan las flores que nacen, perfuman y mueren olvidadas en la pradera verde; donde se oye, en medio del bosque umbrío, junto á la fuente montañera y al rumor de la brisa, el canto ingenio y dulcísimo de las garleras aves celebrando sus amores, admirando á la naturaleza, adorando á su Creador; á gozar en el campo siempre verde en esos días felices del mayo delicioso cuando las aromadas rosas de cien colores y las asucenas pálidas y candorosas crecen, junto al lirio garboso, al arrullo de plácido arrolluelo; cuando las campanulas azules y las blancas madreselvas bordan la enredadera que se adhiere á las tapias de la humilde morada del labrador. Gozar... queríamos gozar las delicias del placer verdadero, y por eso íbamos en pos de la vida humilde y sencilla del morador de los campos, que en otros tiempos tuvo por cantores al sublime Virgilio y al divino Luis de León, para entregarnos á las fruiciones misteriosas del alma en presencia del bellissimo panorama de la naturaleza, y exclamar con el místico poeta:

¡Oh monte, oh fuente, oh río.
Oh secreto seguro, deleitoso!
Roto casi el navío,
A vuestro alma reposo
Huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre quiero;
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De á quien la sangre ensalza ó el dinero.

Despiérteme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido,
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ageno arbitrio está atenido.

Nosotros queríamos ponernos en comunicación inmediata y directa con la naturaleza vírgen y salvaje, donde el criador se manifiesta

en toda su grandeza; y por eso llevábamos el corazón y el alma dispuestos á la alegría y el placer, ó más bien íbamos alegres ya y gozando nuestros placeres futuros, nuestras ansiadas diversiones. El viage es el prólogo atrayente y encantador de un día de campo; sobre todo un viage al amparo de criaturas que todo lo poetizan y embellecen, nos hace desear con todo el corazón, y siempre, que el camino sea interminable, infinito, para que nunca jamás llegue el punto de parada. A veces ocurre que esta clase de viages se hace en medio de una charla interesantísima, charla propia de señoritas cultas y educadas que distrae y seduce al propio tiempo.

—Tu caballo no levanta bien las patas, agacha las orejas y cocea como agente de policía.....

—Pero el tuyo tiene la crin como de macho de carga y lleva una cola como de ratón casero....

—Ah! que tú llevas un sombrero con plumas de literato venal y ruin que no hay más que ver....

—Y las faldas de tu traje arrastran por el suelo como las palabras de empleado de gobierno por el fango de la adulación.

—Pero tus guantes estan flojos y pardos como conciencia de juez ó de magistrado.....

Pero á qué referir todas las ocurrencias y bromas que en ocasiones como ésta abundan y sobran? Vamos! si las mugeres entienden tan lindamente eso de manejar la sátira y el sarcasmo, que dejan aturrido y alelado al más pretencioso de cuantos literatos cultiven el tal género. Despues de los chistes de esta clase con que se dió principio á la jornada, el campo.... oh! el campo, que en el mes de mayo se viste su túnica de esmeralda bordada de flores, embargó por completo nuestra atención y nos hizo entregarnos á con

templaciones mejores. Aquí el humilde pegujal surcado por el arado presenta en caprichosas formas la labor que empieza hoy para rendir mañana la abundosa cosecha que vendrá á satisfacer las apremiantes necesidades de la vida; allá el cafetal inmenso despojado del valioso fruto, nos indica que la época de la siega y sus afanes pasó ya; acullá la huerta primorosa donde se ostenta el banano de grandes y sabrosos racimos, el durazno con sus frutos áureos, el limonero cargado de azahares, la piña consu corona de sultana, y todo, todo ese conjunto maravilloso y admirable que forma el elemento del agricultor en nuestras bellas y riquísimas regiones intertropicales. Querer trasladar al papel todas las múltiples impresiones que siente el alma en la contemplación sublime de la obra de Dios unida á la obra de los hombres, sería una pretensión necia y tonta por demás, que no ha entrado ni entrará jamás en mis intenciones, pues tengo por cierto y verdadero que estos pálidos renglones no dan ni pueden dar idea de lo que en el ánimo pasa cuando está bajo el poder del éxtasis de la admiración, y por consiguiente quien no haya estado un día ó un momento siquiera en el campo, sufriendo esas impresiones indecibles, no sabe ni sabrá nunca lo que valen esos transportes del espíritu en el seno inmenso de la naturaleza.

Llegamos.

Una finca bella y encantadora, por mi fé. Humilde casa pajiza con corredores de teja, donde están estrechamente confundidos cocina, dormitorio y sala, plantada para dicha de sus dueños, en la falda de un cerrito eternamente vestido de verde, con un bellissimo panorama enfrente que no hay más que desear. Aquí, Santa Tecla,

jardín encantador de mujeres bellas y flores esquisitas, nos trae los recuerdos de ayer, la amiga que está allí, el ángel adorado, la ilusión soñada; allá, San Salvador, con sus casitas primorosas que parecen nidos de paja de cien colores; apenas se distinguen sus callejas tortuosas, cubiertas de gentes que van en diferentes direcciones y entre las cuales se mezcla esa canalla sublime, siempre altiva, jamás domada, que se llama estudiantes de la Universidad, en cuyas filas he formado siempre, ora en los festines del placer liviano, ora en los momentos de lucha suprema; y más allá, San Jacinto y el histórico cerro que lleva su nombre, desde cuyas alturas he contemplado al lado del más grande y bueno de mis amigos un panorama grandioso que por largo espacio de tiempo embargó todo mi ser... el Océano, el Lempa, el Izalco, el San Vicente, el lago de Ilopango.... oh, todo lo más grande y bello de la patria, se admira desde la cima de ese al parecer pequeño cerro; y San Marcos, Mejicanos y demás pueblos vecinos á la capital, todo, todo llamaba fuertemente mi curiosidad y me hacía prorumpir en exclamaciones cada momento que descubría algo de mí conocido.

Pasado ese momento de curiosidad en que se busca con ansia algo nuevo ó inesperado para admirar las bellezas que encierra, ó entregarse á los dulces devaneos del recuerdo de aquello que lejos de nosotros está, aunque viva en nuestro pensamiento y palpita en nuestro corazón; después de esos instantes, en que el alma se eleva en alas de la fantasía, presa de éxtasis misterioso, subiendo de contemplación en contemplación hasta Dios que es el término á donde se encamina siempre el hombre en esos raptos de delirio sublime; después de todo esto, decía, vinieron

los placeres que enjendra la amistad franca y sincera, las delicias que promete una ocasión peregrina, las libertades á que convida el campo que nos brinda alfombra de yerba fresca y mullida bajo la frondosa copa de árbol salvaje que forma dosel de esmeralda.

La fruta cortada por nuestra propia mano en la huerta vecina y comida en medio de ese chistar incesante que produce la reunión de hombres y mujeres en el campo, sabrosa como nunca, y el atole blanco como la leche, exhalando suave y delicado olor en la mesa rústica, desprovista de manteles y de cuanto exige la etiqueta social.... oh, todo era placer, alegría y felicidad envidiables. Después... oh, después el canto! el canto, sí; la voz melodiosa y dulcísima escapándose de un pecho ingenuo y casto para dilatarse en el espacio inmenso é ir á confundirse con el cántico natural y bellísimo de las aves que desde la vecina selva regalan nuestros oídos con sus notas divinales. Cantar lo primero que al corazón se le antoje, ó lo que la mayoría de los circunstantes exija, sin excusas ni pretextos fingidos, sino franca y espontáneamente, como canta el ruiseñor en su alboleada, hé aquí una dicha suprema.... oh, sí, el campo con su ruda poesía tiene poder para imponerse á los corazones más esclavizados por ese tirano que han dado en llamar el buen gusto. Allí hubo de todo en ese concierto admirable: desde las dulcísimas notas de la inmortal "Serenata de Schubert," pasando por las encantadoras "oscuras golondrinas" de Gustavo Adolfo Becquer, hasta el cantarcillo popular, el romance de aldea y la cantinela salvaje, pero expresiva, del sencillo labrador.

Pero, vamos, que es mucho cantar. Paso á la expansión y venga el baile. El talle flexible y cimbrador,

poco antes aprisionado por esa armazón horrible que han dado en llamar corsé, conserva libres los mórbidos contornos que hoy enlaza el brazo amigo, para entregarse á los vertiginosos y locos giros del vals ó á los contoneos propios de la danza ó la mazurca. Pero el baile vino á poner término á ese inolvidable día de campo, que tan dulces y gratos nos hizo pasar esos momentos de la vida.... sí, bailaron damas y caballeros poco antes de la partida, estos con las espuelas puestas al botín, y aquellas con los emplumados sombreros en la cabeza, como indudablemente bailarían después de las justas y torneos de edades no muy lejanas los valientes paladines con sus amadas generosas.

Después del canto, después del baile, después de aquellas horas de infinita felicidad, de regocijo inmenso, la tristeza con sus pálidos tintes de melancolía que acompaña siempre el término de todo lo bueno que se vá, de todo lo grande que muere, de todo lo bello que desaparece.... El sol que por la mañana nace brillante entre nubes de púrpura y grana, muere á la tarde, lánguido y apacible, rodeado de nubes de plomo; la aurora que sonríe y la tarde que agoniza; los arreboles que encantan y enamoran y los crepúsculos que entristecen y desalientan.....

ARTURO.

Nueva San Salvador: 1891.

GENEROSIDAD.

Era el río muy hondo y turbulento,
Pendientes y escarpadas las orillas;
Un perro gordinflón de Terranova
Con delicia roía,
Sobre el puente, un pernil que había hurtado
Con mucha habilidad en la cocina.
Por acaso un podenco

Pasaba por el puente cuando iba,
 Lleno de sobresalto,
 Auna amorosa cita;
 De su amor olvidado,
 Venciéndolo la gula y la codicia,
 Por disputar el hueso
 Entabló con el otro fuerte riña.
 Terrible fué la lucha;
 Dientes y garras su trabajo hacían;
 Dijérase al mirarlos que sus ojos
 Brotaban fuego y que lanzaban chispas.
 Y así, encendidos en furor insano,
 En lo más empeñado de la lidia,
 Dejando el puente—campo de combate—
 Desde lo alto al río se precipitan.
 Para el de Terranova fué un juguete
 Vencer las aguas y ganar la orilla,
 Por el único punto que, accesible,
 Brindábale salida;
 En cambio, el pesadísimo podenco
 Entre más se esforzaba más se hundía,
 Y ya tocaba, casi agonizante,
 En el último extremo de la vida.

Aquél, entonces, compasivo y bueno,
 Al ver de su enemigo la desdicha,
 Lanzóse á la corriente y tras mil luchas
 Lo libró de morir en aquel día.

El otro, satisfecho y humillado,
 A su rival agradecido mira:
 Mueven ambos las colas, se saludan,
 Y haciéndose los dignos, se retiran.
 —¿Si hubieran sido de la especie humana,
 Creéis que el huscappleito viviría?

F. A. GAMBOA.

San Salvador, mayo de 1991.

EL PODER DE LA VOLUNTAD.

Querer es poder, se dice; y no hay expresión que encierre verdad más palmaria, ni lección más sabia y consoladora. El esfuerzo supremo de una voluntad enérgica lleva al hombre más modesto á las mayores alturas del saber, de la riqueza y de la gloria. Así, contando con los propios elementos y uniéndoles una laboriosidad poderosa, se han realizado todos los progresos de la humanidad y se han alcanzado los puestos más pro-

minentes en las sociedades pasadas y actuales. Aquel que ha pasado mucha parte de su vida labrando miserablemente el ageno campo, atendiendo apenas sus necesidades materiales, ganándose la vida en el puesto más humilde de una fábrica ó de un taller, despierta derrepente de su inacción, quizá por un acontecimiento insignificante para la vulgaridad de las gentes ó por la lectura de una buena biografía, conoce las fuerzas que lleva en sí y comprende que el éxito es de los que luchan y trabajan. Una suficiente cantidad de sentido común le hace distinguir, entre muchos, el sendero más propio para llegar á su fin determinado y lejano; y lucha y vence, y sigue luchando y vuelve á vencer, hasta que el último triunfo corona su constancia y la multitud admirada lo proclama grande.

Vivir es luchar, trabajar; *para el descanso está la eternidad.*

Y la juventud, que es la fuerza, la vida, el entusiasmo, el impulso poderoso, es preciso que no malgaste sus elementos; esa fuerza invencible que tenga un cauce y su empuje será formidable y su obra será espléndida.

En toda profesión, en todo oficio, se puede ser el primero; basta querer, buscar la ruta segura, observar, hacer, recorrer los caminos tortuosos y llenos de espinas, perseverar, no descansar hasta que la obra esté concluida y perfecta. Los obstáculos iluminan y hacen duradero el trabajo: sin ellos no hay victoria posible.

Hay que proponerse ser el primero, que si la vida no falta y las fuerzas no huyen, se llega con seguridad á la meta. *Cualquier hombre puede hacer lo que otro hombre ha hecho*, ha dicho el Dr. Young, y esta máxima ha creado mucho. Y es preciso querer superar. “¿Qué más se necesita para aprenderlo

todo que el conocimiento de las veinticuatro letras del alfabeto?" En posesión el hombre de esa clave maravillosa, va á donde quiere, aprende cuanto se ha aprendido y descubre cuanto tienen oculto la naturaleza y el corazón. Le basta su voluntad robusta, la paciencia, ojos que vean y nobles anhelos insaciables.

Cuántas veces, leyendo la biografía de algún hombre grande, de uno de esos caracteres virtuosos y esforzados, que han ido hasta su fin con resolución firme, se siente uno con elementos propios para realizar hechos iguales; la lectura de "Los hombres ilustres," de Plutarco, creó el genio del Dante, en edad avanzada.

Hay que confiar en las propias fuerzas y esperarlas todo de sí mismo. Y la asociación, para no convertirse en una rémora, necesita de los esfuerzos individuales.

En la imitación de los nobles y sublimes caracteres, bastan también la resolución firme y la perseverancia. ¿Y por qué la juventud no ha de producir figuras ilustres como las de Jorge Washington, Savonarola, Wellington, Robespierre, Stephenson, Franklin, que han debido sus triunfos á su perseverancia, al estricto cumplimiento del deber y á su propósito de mantener inalterable la tranquilidad de su conciencia?

Cuando el móvil único de los actos de la vida es ese cumplimiento estricto del deber, sin mezcla alguna de logro, la vida se hace fácil, alegre y risueña, y el triunfo es seguro. Por humilde que sea un hombre honrado y laborioso, sus actos trascienden y se hacen notar; cualquier esfera de acción tiene un campo vasto para sobresalir, para hacer el bien y para alcanzar la gloria. Y siempre son los trabajos modestos los que requieren mayor fuerza de voluntad

y son por consiguiente los más meritorios. Solo se necesita la propia satisfacción para llegar á la cumbre. Que no desespere la tardanza del éxito, ni los continuados fracasos; estos son los que mejoran la obra, enseñando los más apropiados sistemas para realizarla.

Los ejemplos de los hombres ilustres, de los grandes trabajadores de la humanidad, de los mártires, de los sabios, de los redentores, de los humildes obreros de la libertad, de los hombres intachables, deben ser modelos de la juventud. Y el trabajo de las plumas redentoras es perpetuar esas vidas purísimas, inmaculadas, esos ejemplos de grandeza de alma que tanto entusiasman y arrebatan. Autores como Plutarco, Eugenio Sué, Hugo, Samuel Smiles, le dejan á uno el ánimo sobrecojido de admiración y avergonzado, porque ante la sucesión de almas nobles y de nobles pensamientos que nos presentan, el espíritu propio se juzga perezoso, el trabajo realizado insignificante y el deber no cumplido. La lucha desesperada de los libres del Languedoc y de la Rochela, enciende la sangre y aviva el sentimiento de la libertad; la serenidad y el valor de Robespierre consuela y atrae; las proclamas de Víctor Hugo, cuando el golpe de Luis Napoleón, edifican; la pureza de costumbres y el respeto de las libertades del fundador de la gran República del Norte, enamoran y le dan bondades y convicciones al corazón; la decisión y constancia de Palissi, de Hershel, de Smith, de Cristóbal Colón, fortifican; las virtudes heroicas de San Francisco Javier y la proverbial caballeridad de Bayardo, suavizan los actos y el corazón; los ejemplos brillantes del desinteresado patriotismo helénico, arrebatan y entusiasman.

¿Y por qué no imitar esas vir-

tudes? ¿qué obstáculos se oponen á ello? El camino es llano y está lleno de luz: el tiempo que se pierde en el ocio, aprovéchese en el trabajo, el estudio, la buena observación; persígase un bueno y noble fin, perseverese, procúrese llegar á figurar en la primera línea, téngase en todo por norma el cumplimiento del deber, hágase siempre el bien, cultívense las virtudes privadas, que sin ellas no hay jamás virtudes públicas; que no ofusquen la conciencia las miserables grandezas humanas, y el triunfo será de los que trabajen y perseveren, de los corazones honrados y de las voluntades inquebrantables.

Engrandécete, oh juventud! Lucha y aprende, y vuestro triunfo traerá con vuestra satisfacción la gloria de la patria.

El obrero que procura mejorar diariamente su artefacto, el abogado que busca únicamente la justicia y desecha por innobles los procedimientos de la propia conveniencia, el médico que estudia con tenacidad, observa con despreocupación y abandona la rutina general, el escritor que trata siempre de enseñar alguna idea redentora y noble, de hacerla en las tinieblas y que no se contenta con llenar el papel con insulseses y con adulaciones; el político de corazón magnánimo é incorruptible, que va por la vía de las leyes y de la justicia, que lucha por el bien y que está exento de ambiciones ruines; el maestro que hace hombres honrados y dignos, el sacerdote que no especula con la conciencia; esos serán los grandes; esos serán los amados y los aclamados; su memoria será respetada y sus obras serán eternas.

El perezoso que se conforma con hacer hoy el trabajo de ayer, el ocioso que le da sus horas preciosas al vicio, el pícaro que trata

solo de satisfacer sus apetitos torpes, las almas ruines que anidan solo bajezas, los luchadores apocados que van tras la propia conveniencia, esos son los que la historia escoje para su infierno: la multitud está ahí; los talentos, las clases, todo se mezcla en horrible exposición.

Los buenos, los grandes, los magnánimos, los trabajadores, los incorruptibles, tienen su Olimpo y su trono, á donde van la adoración y las bendiciones.

Es fuerza luchar para ocupar un puesto en ese privilegiado cielo. Cada hombre puede ir ahí, si en un momento cualquiera forma su resolución, encamina sus actos á donde pueden conducirlos sus aptitudes, se reviste de energía, se hace un hombre honrado y trabaja con perseverancia.

Ser el primero: este debe ser el propósito. "El genio es la paciencia", ha dicho Isaac Newton.

¡Cosa tan fácil!

RUBÉN RIVERA.

Junio 6 de 1891.

A DELIA.

Yo ví la luz de tu pupila hermosa
En la luz rutilante del lucero;
Tu color en el tinte de la rosa
Y tu blanco en la flor de limonero.

Ví tu flexible talle en la palmera;
Tu lágrima en el seno de las flores;
Tus bucles, tu dorada cabellera,
Del alba entre los vívidos fulgores.

Tu aliento, en el suspiro de la brisa,
Deslizó perfumado por mi frente:
Yo adiviné tu angélica sonrisa
En las huríes que soñó mi mente.

Oí tu voz en el arpado trino
Que entona el ruiseñor enamorado,
Y el tinte de tu labio purpurino
Ví en la flor encendida del granado.

Mas nunca oí la dulce melodía
Que exhalas. Delia hermosa, en tus dolores,
Ni á la brisa que trémula gemía,
Sollozante del prado entre las flores;

Ni á la tórtola amante que se queja
Léjos del bien amado por quién llora...
Ni al ángel de la tarde que se aleja
En las brumas de un sol que se evapora!

ANTONIA GALINDO.

Santa Tecla.

SAFO.

(DE CORNELIUS PRICE)

En las rocas sentada que el mar aullando azota,
Safo, la poetisa de Lesbos, delicada,
Ve hacia el Sur,—como ondula volando la gaviota,
Alejarse una nave por la verde ensenada.

La nave hiende el agua que en torno se alborota:
Safo siente en su pecho, febril y enajenada,
Desgarrarse una á una por el Destino rota
Cada ansia de sus ansias de loca enamorada.

Pues ese que huye, á quien ella ruega que no se
Por siempre de la Grecia, llamándolo á la playa,
Es Feón por quien llora, que no la quiso amar.
La ola á sus piés entona su cariñoso acorde,
Y cuando ya la vela pasa el último borde,
Safo se da el abrazo, que la ahoga, del mar.

F. GAVIDIA.

LA NEUROSIS.

Sabe que es el espíritu un abismo
Y el corazón un mar;
Así es que dentro llevo de mí mismo
A la vez una y otra inmensidad.

Mis nervios, arpa viva, en el ramaje
Cuelgan del árbol de mi cuerpo—y dan
Un gemido al pasar por su cordaje
La tempestad.

F. GAVIDIA.

MARINA.

(Continuación. Véase el n.º 6.º del tomo presente.)

Marina escribe “*porque en este siglo la mujer anhela dirigir su vuelo hacia ese mar sin límites donde las*

almas navegan sobre las azuladas ondas libres como el aire que respiran” y “*porque la mujer que tiene algún talento por escaso que éste sea no se contenta solo con pensar, es preciso que diga lo que siente y su amigo favorito es el papel.*” O sea ampliando un poco mas, con permiso de la autora de estas líneas, porque hay en la personalidad de cada cual algo que le guía é incita á seguir tal ó cual sendero; podía por algún tiempo tener cautivo este pequeño monstruo que no se da tregua ni reposo por romper sus cadenas, pero al fin un incidente cualquiera, una humorada, lo hace salir, y ya fuera es difícil condenarlo á perpetuo encierro. Para Marina el incidente fué Stella. Al aparecer el “Ramo de Violetas” Marina trazó con tímida mano su prospecto. Parece al leerlo ver á través de esas líneas las mejillas encendidas por el rubor y como que se toca la diminuta mano que la emoción ha enfriado.

Cualquiera que lea los por desgracia pocos números que salieron de “El Ramo de Violetas” le sorprenderá agradablemente la diferencia de estilo entre sus primeros artículos y *El Rubí de Amor*. En este como que Marina ya no veía en el público el monstruo mordaz que se había imaginado, ó cual si conociendo sus propias fuerzas se hubiera decidido á luchar con él.

El Rubí de Amor es un cuento oriental hallado en un libro de memorias. Un árabe enamorado de una hermosura parisiense obsequia al objeto de su amor un rubí en forma de estrella de extraordinario tamaño, el cual no se separa del cincelado busto de la dama; excitando de este modo el apetito de curiosidad parisiense y entreambos, es decir dama y joya llaman la atención de Raimundo, el propietario del libro de memorias que la afortunada autora encontró por ca-

sualidad. Raimundo logra captarse la confianza de la bella y escuchada de sus labios la historia del rubí; y en sentencia condenatoria del amor que le había inspirado.

Joya de familia El Rubí de amor era premio concedido por Alah á Ali ben Arax por sus muchas virtudes. Si Ali colocaba en el cuello de la compañera de su vida la misteriosa joya, el Dios de la Felicidad velaría sobre ellos. Zahir incrédulo recibe la joya de manos de su moribundo padre, pero no la coloca en la garganta de la infiel Robdana que al poco tiempo huyó del lecho conyugal con un amante, sumiendo en la mas negra tristeza el corazón del enamorado esposo.

Margarita, la bella parisiense obedece á Alah y ciñe su garganta de cisne con la estrella de rubí. No había obstáculo para que Margarita y Zahir fueran felices. Zahir abjuraría de su creencia, pero es casado y mientras viva la que ha labrado su desgracia no podrá ser el afortunado dueño de Margarita.

Raimundo viaja para olvidar su ya imposible amor, y al regresar á París sabe el matrimonio del árabe y la parisiense.

Parece que aquí debía de terminar, pero no es así, la autora ofrece continuar la historia del Rubí. La muerte de "El Ramo de Violeta" nos ha privado de ese placer.

Si me viera obligado á afiliarme á Marina en alguna escuela literaria, no obstante lo poco que ha escrito, le daría un lugar en la romántica por las tendencias que ha manifestado, consiguientes al sentimentalismo ingénito en ella y del sexo á que pertenece. Es más difícil hallar una Emilia Pardo Bazán que un Pedro de Alarcón. La mujer entre nosotros por la educación que recibe tiene que ser esencialmente idealista. Las escenas de la vida real, aun en el remoto caso de que á su estudio se dedicara,

tienen un círculo tan pequeño que no llaman su atención. A Emilia Pardo Bazán en sus novelas le hace falta esa naturalidad en el diálogo y en la acción que son indispensables en la novela naturalista; como que si en su interior se empeñara una lucha entre sus principios literarios y sus ideas de mujer.

No sería yo quien aconsejase á Marina que se desviara de la senda que ha tomado. En literatura como en las ciencias tratar de torcer las inclinaciones personales, equivale á trasplantar un ser vegetal de un terreno por árido que sea para otros; pero que para él es apropiado á otro cualquiera por muy férax que sea, esto es que al poco tiempo languidece y muere. Que siga Marina sus sentimientos que cuando los espese hallará mas de uno que la comprenda y aprecie en lo que vale. Dejar á la inteligencia juzgar al corazón, es tan erróneo como que este juzgue á aquella.

Zola, el jefe actual del naturalismo, siente y se conmueve al escribir los Rougon ó Teresa Raquin con un sentimiento que le es especial. A sus personajes les da mas vida y calor que lo que quiso darle Víctor Hugo á un cañón. Al leerlo se participa de la congoja del autor al ver precipitarse aquellos seres en un abismo del cual se salvarán á tener otra constitución ó pertenecer á otra familia.

Así como una escena de amor romántica hasta cuando el autor no se posesiona de sus personajes y vice versa emociona cuando se encaminan en él, del mismo modo el naturalismo de algunos que no están poseídos de la fé del maestro languidece y se hace asqueroso.

Zola es un gran artista, artista inspiradísimo; sus imitadores no poseen esta cualidad que sería la salvación de la escuela al desaparecer el maestro de la escena literaria.

No hay que confundir el naturalismo con el realismo; aquel se dedica al estudio fisiológico de los fenómenos á que tiende un organismo de cierta naturaleza y que á veces se trasmite hasta á una familia entera. Los actos del que así está constituido dependen de su organismo no del individuo. Uno es asesino porque nació con el organismo dispuesto para serlo. Ese es el fundamento del naturalismo.

El realismo no estudia la causa porque uno mató á otro en el organismo, sino que se dedica al estudio de los fenómenos de la vida real y de la parte con que cada sociedad ha contribuido en su desarrollo. Acciones buenas y malas entran en su programa y si se dedica mas á esta que aquellas, es porque proponiéndose un fin moralizador prefiere exhibir los defectos para procurar la enmienda.

Existen causas poderosísimas, mejor dicho, decisivas que se oponen al desarrollo del realismo entre nosotros.

En Europa, y en aquellos países de América que á paso de carga han logrado enarbolar el pabellón de la civilización á la misma altura que aquella, hay un verdadero abismo entre la aristocracia y el pueblo. Allí, la mano enguantada cree degradarse al estrechar la encallecida por el trabajo; el pueblo es visto, exceptuando Rusia, con profundo desdén, como seres que no tienen los mismos sentimientos y aun quizá el mismo organismo que ella.

Hay pues una lucha constante entre la aristocracia y el pueblo, entre el trabajo y el capital.

El obrero que mira con desesperación que el sudor de su frente apenas basta para cubrir la desnudez de sus hijos y aliviar su hambre por un momento, no vé ante sí mas que dos caminos, el del crimen ó el del suicidio. De aquí ver-

daderos héroes que prefieren morir asfixiados con carbón á rendirse á las tentaciones del crimen. Padres de familia que hunden en su mujer é hijos su propio puñal para no ser pasivos espectadores de su lenta agonía. Cuántas veces el jurado ha absuelto á los autores de estos asesinatos causados por la miseria!

En una sociedad así una literatura que penetre hasta en los salones de la mas encumbrada aristocracia el grito de desesperación de estos infelices; que haga ver á los que ni se lo imaginan que esos seres son sus hermanos; que ellos son la causa de su desgracia, y que al mismo tiempo indique el medio de remediarlas; una literatura que tan altos fines se propone no puede menos de ser vista como una tabla de salvación. En efecto en Europa ha despertado gran entusiasmo, y en los Estados-Unidos, cuando aun conservaba su negra mancha de la esclavitud, *La Cabaña del tío Tom* produjo una revolución.

JORGE.

(Continuará.)

HINTONCHIS!

(INÉDITA)

Fué cierto! La tarde con tinte opalino cortaba á girones el cielo turquí:

—El cielo! exclamabas. Qué hermoso está el cielo! Quién juntos pudiera llevarnos allí!—

En esos instantes idioma no había con qué mi ternura poderte expresar: tus blandos suspiros subían al cielo, los míos buscaban lo inmenso del mar.

Sentí tu mirada, cual rayo de luna que tibio reposa dormido en la sien, fanal misterioso, claro pensamiento que inmerge en las albas serenas del bien.

Tu voz era aliento de ninfas que sueñan en arpas eólias de flébil rumor:

en ella esparcías el ámbar de tu alma,
de tu alma embriagada por lánguido amor.

Rozaba en mi mano tu blondo cabello,
cual besan las brisas las olas del mar,
y en él se miraba el rubor de la tarde
en mil ornesíes risueños fugar.....

* * *

Pasó del ocaso la dulce penumbra.
Tú estabas radiante, yo estaba feliz;
si el tiempo existía, volaba sin horas,
dejándonos sueños de su ala al desliz.

Tú amabas la luna, yo adoro su lumbre:
cuando ella asomaba sonriendo te ví,
y aquella sonrisa, connubio de flores,
impresa en el alma con néctar sentí.

Recuerdas? Enjambres de espesas neblinas
del monte rodaron al valle en montón;
quizá nuestras almas hirió vaga pena,
y al pueblo tornamos, triste el corazón.

—No sé, me decías, qué extraño preuncio
descubro en las brumas, que me hace temblar:
parece que el cielo decreta alejarnos,
y ausentes... ausentes... llorar y olvidar!

—Las brumas, te dije, no son de la ausencia,
no son del olvido mensaje falaz:
el ave no olvida su albergue de amores....
quien vive en la ausencia no olvida jamás!—

* * *

El mundo cubierto de blancos crespones
que el rayo de luna bañaba en su luz,
los dos pensativos cruzamos la aldea,
muy cerca pasando del templo y la cruz.

Allí, soñoliento, de harapos vestido,
sin más compañía que su honda aficción,
el cielo, la noche y un perro á su lado,
clamaba un mendigo: Piedad! Compasión!

Llorabas.... Tan dulces tus lágrimas eran,
que fueron libadas por un colibrí.
Los dos ofrecimos al viejo limosna,
y entonces sus ojos enjugar le ví.

Seguimos delante, pensativos siempre...
La voz de aquel pobre, con tierna ansiedad
quedó repitiendo:—Bendice, Dios mío,
bendice y compensa su santa piedad!

Después...! cuántas veces he visto á mi puerta
ancianos que piden con trémula voz!
Qué quieren? Acaso también por el mundo
no ruedo mendigo, buscándote en Dios?...
* * *

Pasó aquella tarde; mil otras huyeron..
La ausencia muy pronto, muy pronto llegó;
y aquellas delicias, aquellos presagios...
son eco sentido del bien que pasó!

—Talvez llegó el tiempo de echarme al olvido,
talvez la memoria no turbe tu paz:
yo sé de venturas; ni acuso, ni imploro
las dichas que pasan no vuelven jamás

1885.

RAFAEL CABRERA.
(Salvadorense.)

LA GUERRA.

(REFLEXIONES.)

La guerra es el azote más terrible
que puede afligir á la humanidad,
así como la paz es el mayor bien
que la Providencia puede concedernos.
Los males que trae consigo la guerra
son de tal trascendencia que nadie
(excepto los bandidos que viven del pillaje
y la rapiña y medran en río revuelto)
entre las naciones donde ésta se enciende,
deja de sufrir de un modo ó de otro;
todos en mayor ó menor escala,
soportan las consecuencias de esta tremenda calamidad.

Desgraciados pueblos aquellos donde
la guerra hace sus estragos, pues nada
es capaz de contener el torrente de desventuras
que llueve sobre las sociedades, las familias
y los individuos, siendo la menor de ellas
la pobreza y tal vez la miseria en toda su
espantosa desnudez. Durante este tiempo funesto
en todos los semblantes se pinta la inquietud,
de todas las bocas salen lamentos: el anciano
ó la madre llora á sus hijos muertos expuestos
á morir en los combates, y con razón, porque
acaso son su único apoyo: la esposa teme
ó llora por el esposo, los hijos por su padre,
los hermanos por los hermanos: todos temen,
todos tiemblan, ó por su fortuna ó por los seres
que le son queridos. Además, los campos perma-

necen incultos, el comercio muerto, todas las vías del progreso y del bienestar de los pueblos son abandonadas, todo es estéril en estos tiempos malhadados; y como último resultado, no sólo se derrama la sangre en abundancia, sangre de hermanos, pues todos los somos, sino que se sumerge en la orfandad ó en la miseria á muchos infelices, á muchos inocentes.

Tal es el triste cuadro que presenta la guerra; tales son sus fatales consecuencias. De modo que es en efecto ciertísimo que ni el hambre, ni la peste, ni ninguna de las otras miserias que atormentan ó pueden atormentar al hombre, nada es comparable con los horrores de esta calamidad.

Y sin embargo, triste es pensarlo, á pesar del decantado adelanto de los pueblos actuales, á pesar de la más desconsoladora experiencia y de ser reconocidos por todo el mundo los pésimos, los fatales frutos de este azote, raros son los países donde la guerra no es todavía el pan de cada día; aun no se han podido llegar á comprender en toda su extensión los beneficios positivos que acarrea la paz.

Dichosos los pueblos donde ésta última reina siempre! Donde la moralidad es tanta que puede domar las ambiciones, el egoísmo, los celos y la envidia, que son casi siempre las causas de la guerra; donde se olvidan las rencillas para pensar solo en el trabajo base del progreso; donde jamás se asesinan hermanos con hermanos!

Sí, no hay que dudarlo, la guerra no es más que la consecuencia de la falta de moralidad, así como la paz es prueba evidente del buen sentido de los pueblos, de la pureza de las costumbres. En las sociedades verdaderamente cultas, en aquellas donde la religión dulce y benéfica del Crucificado reina en todos los corazones, concediendo

amplia libertad, limitada solo por el respeto al Criador y la obediencia á sus preceptos; es decir donde la libertad es bien entendida, donde son realmente sólidas las instituciones, no hay disputas, no hay odios, no puede haberlos, y naturalmente no hay guerras.

El hombre, es innegable, tiene á veces necesidad de defender á su patria, de salvar sus más caros intereses; pero es y debe ser siempre por causas probadamente justas; y entonces el que combate por la independencia, por la verdadera libertad, es un héroe. Mas tampoco hay que olvidar que es muy heroico, muy grande, sublime, sacrificarlo todo por evitar el derramamiento de sangre, por conservar la paz.

Napoleón es más grande entregándose en manos de sus enemigos por evitar los horrores de la guerra civil á la Francia, que en medio de sus triunfos y victorias.

C. Mixco.

San Salvador, julio de 1891.

NOTAS.

CLARA.

(PETITES FILLES.)

Por Catulle Méndez.

I.

Con sus diez y seis años, rubia, con sus sonrosadas mejillas, Clara es linda como una primavera al nacer. Se apoya de codos sobre la ventana baja de la casa de ladrillo que se levanta aislada al borde del agua, entre las temblorosas ramas de hilas pobladas de pájaros y bañadas por el sol. No piensa, no sueña, no sigue con la mirada á la golondrina que vuela, que torna y que desaparece; no escucha la corriente del río que se desliza.

Ella está allí sin saber por qué, vagamente feliz en una inconsciencia que sonríe. En la ventana y en medio de ese paisaje, ella, sin darse cuenta, completa el cuadro, agregándole una gracia, un encanto, un esplendor más, ignora que es adorable y es necesaria al delicioso conjunto de la mañana de primavera, como la rosa ignora que se entreabre; como la brisa ignora que murmura. En ese rincón de la naturaleza, formado por el artista invisible que combina los efectos de las auroras y las puestas del sol, ella completa, sin que nada la impulse ni se lo advierta, la belleza misteriosa.

De repente mientras que ella está un poco inclinada en la ventana, el viento le arrebató de sus cabellos una pequeña eglantina rosada, á la que está atada una cinta; lleva la flor, la deja caer en el río y más allá se sonríe de su graciosa travesura. La eglantina con la cinta, que deja tras sí una fina estela, sigue la corriente del agua, entre los inclinados sauces, y una pintada mariposa posándose sobre ella en un continuo aleteo parte para un largo viaje.

II.

Toda la noche, en una de las más pobres casas de la ciudad, un joven ha llorado, los puños en las sienes, golpeando con los codos una pequeña mesa de madera en donde hay algunas cartas esparcidas. Las luces del alba que disipan las sombras del cielo, no ahuyentan las tristezas de su corazón dolorido. El joven se levanta, va, viene, parándose á intervalos, ceñuda la frente, mordiéndose los labios. Es cierto entonces! Ella ya no le ama! Esta encantadora niña, en quien él tenía todas sus alegrías, que le hacía olvidar las miserias de la vida, ha partido para no volver más, ¡y ha partido con otro!—Después de tantas promesas tan llenas ¡ay! de ternura; después de tantos besos tan dulces, es á otro á quien jura amor eterno y le ofrece sus labios humedecidos todavía por las recientes felicidades! —¡Oh, la infame!—Que será ahora de él tan solo y sin esperanzas?—Las gentes ricas ó notables, que tienen los consuelos del lujo ó de la gloria, no deben sufrir tanto cuando los abandonan de repente aquellas á quienes abogaban. Pero él, pobre, desconocido, sin ami-

gos ni familia, ¿qué hará en las horas ociosas y cuál será el mañana que le haga perder el amargo recuerdo del adorable ayer?—Cuando piensa que no volverá á verla, que no la oirá, que ha concluido por completo, que nunca tornarán á resonar sus pasos en esa pobre estancia á donde con ella penetraban las delicias y todas las sonrisas; en donde ella, mundana de seda y de perfume, llevaba las caras elegancias de un amor por largo tiempo inesperado; cuando piensa que ella no se despertará ya en la mañana, entreabriendo los labios, como se entreabre la rosa, sobre la almohada de un pequeño lecho, para siempre desierto, le asaltan los deseos de despedazar los muebles, de poner fuego á las cortinas y de morir bajo los escombros y las cenizas! Al menos no quedará ni un instante más en la tan querida y odiada estancia.

Empuja la puerta y se va atravesando la ciudad, todavía dormida. Mira las celosías cerradas. Allí, tras ella, maridos y amantes tienen entre sus brazos soñolientas mujeres que no son traidoras y muy luego ellos sentirán el beso de las fieles al despertar. Golpea el suelo con el pié, se muerde los puños, se agita como aquel que huye. Llega á la orilla del río que, muy profundo, corre entre los inclinados sauces; pero, ni el fresco rocío de la mañana, ni la alegría de las hierbas removidas por la corriente, ni el bello espacio iluminado por el sol, tranquilizarán al pobre joven.

Medita por mucho tiempo con la vista fija en el agua. No puede separar sus miradas de la límpida superficie, plana como la losa de una tumba.—Morir! es el pensamiento que le ha asaltado. Sí, morir! y, por qué no?—Qué hará de la vida ahora?—Se siente henchido de ira y de horror contra ese mundo de donde las más queridas, después de haberse entregado, se retractan; en donde las más bellas son las más pérfidas. Todos los hombres son malos, todas las mujeres son perversas. Toda dicha tiene por hermana gemela á la desilución. No es cierto que existan ternuras eternas y lazos jamás rotos. La felicidad que no ha de ser duradera ¿vale la pena de ser deseada? Para qué sonreír si habrá que llorar! Ah! esta vida es espantosa, y cuánto mejor es la muerte! No cree ya en las tiernas palabras que

cambian; detesta los apretones de manos bajo las enramadas de noche, maldice todos los besos de todos los labios. Ya no vacila: morirá! Sí, allí, en esa agua profunda, hallará reposo y el olvido de las traiciones y los recuerdos. ¡Cuán grato debe ser dormir sin malos sueños! Justamente la hora es propicia.

Está solo sobre la ribera. Se inclina después de un sacudimiento de espaldas como despreciando la vida, se inclina una vez más; va á lanzarse en el cristalino río, acariciado por la luz, en la verde tumba, penetrada por los rayos del sol. Pero, qué es aquello, allí á flor de agua, cerca de él? Es una pequeña eglantina á la cual se anuda una cinta rosada que deja fina estela, y sobre ella una mariposa que viaja en un continuo sacudimiento de alas.

III.

El no se ha arrojado en el agua. Ha tomado la flor á su paso, la flor y cinta, y ahora se encamina á lo largo del río, mirando la eglantina con melancolía. Por qué? No lo sabe; la contempla y á veces la besa. ¿De donde puede venir esta flor? De qué tierna cabeza, de qué talle ha caído? A él le parece que ha estado allí, expresamente para recordarle que la vida no es demasiado amarga y que no debe siempre, por una picadura en el dedo ó en el corazón, dejarse abatir por las rosas ó por las mujeres. No se ha atrevido á morir en el agua por donde ella pasaba. Pero este enterrecimiento dura poco. Rehusa la idea de vivir. La ira y las angustias le asaltan con más violencia. Esa flor miente como las otras bocas. Y con un gesto que dice adios á todas las miserias, á todos los perjurios, á todas las desesperaciones, se inclina de nuevo hacia el río. Está completamente resuelto. Ahora nada le detiene. Va á lanzarse ya. “¡Ah mi flor y mi cinta!” dice una vocécita parecida á una nota lanzada por un pajarillo. Él se regresa, vé en la ventana baja de una casa de ladrillo, entre la espesura de grandes lilas, reclinada una niña, linda como la primavera, con sus diez y seis años, rubia su cabeza, frescas y sonrosadas sus mejillas. Esta flor, es vuestra, señorita?—Y porque al devolvérsela, él ha rozado con su mano los temblorosos deditos, siente que su corazón sigue la flor y se posa sobre ella,

en un estremecimiento, como una bella mariposa que parte para un largo viaje.

(De la Bandera veracruzana).

NUNCA.

En el piélago insondable
Que el éter de azul colora,
Donde navegan los astros
Por las regiones ignotas,
Dos estrellas diamantinas,
Mundos de almas que lloran
Desdichas de sus amores,
Penas de amarga memoria,
Tienen por ley inmutable
Recorrer distintas órbitas
Por toda una eternidad,
Sin unirse una vez sola.

Cuando la muerte nos llame
En la ineludible hora
En que el alma desencarna
Y su libertad recobra,
Tú volarás á la una,
Yo despertaré en la otra,
Y en aquellas dos estrellas
Nuestras almas, que se adoran,
Harán su eterno viaje
Sin unirse una vez sola.

Acabarán las edades;
Después de los tiempos, rotas
Quedarán las diamantinas
Estrellas que nos recojan;
Polvo será el universo;
La creación, mudas sombras,
Y sobre aquel cataclismo,
Mar de la nada sin olas,
Flotará la pasión nuestra,
Como la vela que flota
Sobre la rugiente espuma
Que la tempestad azota,
Y en el eterno silencio
Dos ayes, las tristes notas
De nuestro amor, ya imposible,
Gemirán como una sola.

JOSÉ PUIG PÉREZ.

MISCELANEA.

Por los excesivos é imprescindibles trabajos acumulados de mayo acá en la Tipografía Nacional, nuestra publicación ha tenido que sufrir un retraso de tres meses, que

no ha estado en nuestra mano remediar. Pedimos á nuestros suscritores se sirvan disimular esta irregularidad involuntaria, advirtiéndoles que sus respectivos abonos se harán extensivos por tres meses más de los convenidos.

El distinguido literato guatemalteco, licenciado don Juan Fermín Aycinena, honra una vez más las columnas de "La Juventud Salvadoreña" con sus siempre importantes y deseadas colaboraciones.

La que figura en el presente número, escrita en el *Cementerio* y dedicada á uno de nuestros co-redactores, es una nueva protesta, tan enérgica como inspirada, contra esa teoría desconsoladora que, negándole al hombre un *más allá* sobrenatural, quiere circunscribirle su inmortal destino al círculo ex-cioso de una vida simplemente material y terrena.... Pero quede al juicio y la conciencia de cada uno su derecho de apreciar todo el valor filosófico-religioso de esa poesía, esencialmente antimaterialista; que nosotros sólo nos contentamos con reconocer y admirar el indisputable mérito literario que, como á todas sus demás obras, el gran poeta ha sabido comunicarle á la que venimos mencionando.

Orión.—El simpático escritor que tan modestamente ha querido ocultarse bajo el pseudónimo que encabeza estas líneas, no es otro que el inteligente y laborioso joven don Francisco A. Gamboa.

Sus ingeniosas y correctas producciones, las más de ellas publicadas en las columnas de esta Revista y de "El Municipio Salvadoreño," han estado llamando la atención de nuestros lectores, que en vano procuraban traducir el sentido personal que aquel pseudónimo encubriera. "La Juventud Salvadoreña," pues, se permite la satisfac-

ción de revelar hoy el verdadero nombre de este joven talento literario, que con tan buen éxito ha sabido iniciarse en el cultivo de la gaya ciencia.

Pésame.—Hacemos presente nuestra más profunda condolencia á nuestros apreciables amigos y consocios don Fidel A. Novoa, don Esteban C. Roque y don Nicolás Leiva, por el deplorable fallecimiento de la señora doña Rosaura Meléndez de Novoa, madre del primero; don Cruz Roque, padre del segundo; y don Jesús Leiva, hermano del tercero de nuestros mencionados colegas. ¡Que Dios premie los méritos de estas tres víctimas inolvidables, y preste la resignación necesaria á sus respectivos dolientes!

"La Juventud Salvadoreña" participa también del duelo de las Letras latino-americanas, por la irreparable pérdida que han sufrido con la muerte del distinguido literato colombiano, doctor don César Conto. ¡Paz á sus restos y honra á su ilustre memoria!

Tenemos el gusto de participar á nuestros lectores que, bajo la denominación "*Páginas Rimadas*," saldrá á luz dentro de poco el libro de poesías del inspirado bardo salvadoreño don Carlos A. Imendia. Anticipamos nuestros parabienes al joven autor, deseando que su obra obtenga por parte del público toda la buena acogida que merece.

Mi Cartera.—Bajo esta denominación, el inteligente joven escritor don Juan J. Laínez, empieza á publicar hoy una variedad de apuntes históricos y filológicos, cuya lectura recomendamos á todas las personas estudiosas y aficionadas á este interesantísimo género de conocimientos.